

aquí había un billete de cien pesetas—á nadie se lo reveló. Rebuscó el billete, pero siempre inútilmente; no había lugar á duda; al contrario, tuvo varias veces intencion de hacer venir á Alberto para obligarle á confesar. Pero cuando se representaba la imágen de aquella cara desfigurada y pálida y de aquel gesto imperioso, un sentimiento de temor secreto, más fuerte casi que su certeza, le hacía desistir de su intento.

Esta había sido la causa del cambio que Alberto experimentó y de todo lo ocurrido despues. No había vuelto más al bufete, ni había encontrado á nadie de los que le componían.

Y Julia, la noche del hambre, lo supo todo.

VII.

Vivía por entonces en una elegante habitacion de la calle de Santa Reparada cierto jóven napolitano, que había venido á Florencia á estudiar lenguas y á consultar documentos para una obra de crítica literaria que hacía tiempo le tenía ocupado. Más de un año hacía que había llegado á Florencia y ya contaba con muchas relaciones; frecuentaba pocas, y una vez una, y otra otra, segun le gobernaba el variable humor que tenía y la violenta pasion por los estudios de que estaba poseido, interrumpida de vez en cuando por impetuosa atraccion hácia la vida desarreglada. Su casa era fiel expresion de su índole y de su vida. Muchos libros, todos en monton sobre una mesa, desencuadernados, con las hojas sueltas; encima del monton de libros la ropa limpia que apenas hacía una hora había traído la planchadora; sobre la ropa un sombrero de copa con señales de haberle pasado el cepillo á contrapelo; un

gran retrato de Luis Ariosto, su poeta predilecto, colgado de la pared; bajo el retrato, un mapa, descolgado de uno de los dos clavos que debían sostenerle, y yendo á meterse la punta inferior correspondiente en el tintero olvidado encima de la silla. Sobre la chimenea, sobre las mesas, sobre la cama, por todas partes, prendas de vestir, papeles, pedazos de periódicos, sobres rotos; y densa nube de polvo salía de todas partes donde se soprase ligeramente ó donde se diera un golpe.

Eran las once de la mañana de uno de los primeros días del mes de Abril; nuestro personaje se levantaba de la cama con los ojos hinchados, la cabeza pesada y mal sabor de boca. Después de mirarse al espejo, entró en la sala que le servía de cuarto de estudio, arrojó por la ventana una horquilla que encontró por el suelo, bostezó larga y sonoramente, y se abandonó sobre una butaca, poniendo una pierna sobre la otra, cruzando los brazos, y tomando aire pensativo. De repente vió una carta que tenía sobre la mesa, la cogió, mira, se fija en la firma y comenzó á leerla.

Los primeros renglones no los entendió; á tal extremo llegaba el estado de adormecimiento de su cerebro. Poco á poco fué penetrando el sentido.

„...Veamos—decía la carta—¿de que puede usted quejarse en este mundo? ¿Qué le falta? ¿La

salud? Tiene aún para derrochar. ¿El dinero? Cuenta con lo necesario. ¿La estimación pública? Pocos logran la que Vd. á su edad. ¿Amigos? Tiene muchos y sinceros. ¿Ingénio? Se distingue por esto, su cualidad más saliente. ¿Amor? No tiene más que ponerse á buscarlo. ¿Qué le falta, pues? ¿Quiere Vd. que yo se lo diga? La disciplina. Es Vd. demasiado dueño de su tiempo para la edad que cuenta; demasiado libre, porque tiene muy pocos deberes que cumplir y demasiado pocos sacrificios que hacer; de aquí nacen sus melancolías, sus decaimientos y sus lamentaciones, que son como verdaderos ultrajes á la Providencia. Créalo; si Vd. tuviese, como otros muchos jóvenes, que ganar el pan trabajando, si tuviera una familia en que pensar, una madre enferma que asistir, ó qué sé yo, no le sobraría el tiempo para escribir cartas como la que me ha escrito en un momento de abandono y de cansado tedio *leopardiano*. Necesita Vd. disciplina, lo repito, y freno. Emprenda un estudio severo, fatigoso, que le obligue á pensar y á trabajar, imponiéndose la obligación de estudiar tantas y tales horas al día; ateniéndose á ello con rigor, dominándose, y dejando á un lado, al ménos por algun tiempo, los libros que le encienden la imaginación; sobre todo, propóngase una regla de vida segura y constante; no viva al día; con Musset entre las manos hoy; mañana, con Lamennais; por la noche, de

crápula con los amigos; á la tarde siguiente, á la puerta del convento de Fiesole meditando sobre la vanidad de los placeres mundanos. Mucho trabajo entre manos y todos los días, y no solamente trabajo que le agrade; forme un proyecto vasto que le obligue á investigaciones largas y pacientes, y empiece pronto, plantando un *quiero* formidable en medio de su alma, como *sólida columna diamantina*. Y persuádase de una vez para siempre, que la pequeña felicidad que se puede gozar en este mundo, está en la tranquilidad, en el orden y en la seguridad de la conciencia; y que quererse rebelar contra esta ley es dar vueltas en una jáula de hierro, de la cual pueden hacerse rechinar las barras con un esfuerzo gigantesco, torcerlas y ensangrentarlas; pero salir, jamás. No malgaste la salud, el ingenio, y su corazón ardiente y noble en luchas inútiles; recójase, fortifíquese, y desaparecerán las melancolías, y podrá Vd. sostener una alegría bienhechora, que le hará hermosa la vida."

El jóven se encogió de hombros, y poniendo la carta á un lado, tomó la actitud pensativa de antes. Al cabo de algun tiempo, se conmovió, abrió un libro y comenzó á leer. Volvió luego á cerrar el libro, y lo tiró contra la pared; cogió una hoja de papel llena de apuntes, y la hizo pedazos; se levantó y púsose á pasear con pasos precipitados. Luego se detuvo, diciendo con despecho:

—¡Pero qué hago aquí, consumiéndome por

dentro? Animo, fuera, á la luz del sol, en medio de los hombres, á vivir como uno de tantos, maldito topo de biblioteca—y se fué al cuarto de vestir.

En este momento oyó llamar á la puerta, se vistió de prisa, y volvió al salón, gritando:

—Adelante.

Se abrió la puerta, y asomó un semblante que él no conocía.

—Adelante—repitió con tono brusco el jóven, viendo dudar al desconocido.

—Perdone—preguntó tímidamente—¿es usted el señor ***?—diciendo su nombre.

—Yo soy—contestó el jóven napolitano.

—Vd. tuvo la bondad—murmuró humildemente el recién venido—de darme su tarjeta, hace días en el jardín de Máximo de Azeglio.

—¡Cómo!—exclamó el otro con maravillosa alegría—¿es Vd. el caballero que estaba sentado en el banco?

—El mismo,—respondió Alberto.

El napolitano le alargó una silla, diciéndole con acento de curiosidad:

—Me dirá Vd. ahora lo que le había ocurrido. Pero antes de todo, ¿á qué debo el placer de verlo? ¿En qué puedo servirle?

Alberto dudó un momento y luego dijo precipitadamente poniéndose encendido:

—Tendría que hablar muy largo... No obstante,

debo suplicarle que me perdone si aquella noche correspondí tan mal á su bondad... No sabía lo que me hacía...

El jóven le obligó á sentarse.

—Dígame francamente lo que tenga que decirme.

—Se lo agradezco,—dijo Alberto haciendo ademán de alargar la mano pero retirándola con presteza;—tuve antes de ahora la intencion de venir á verle; no se me había olvidado, se lo aseguro; pero me faltó el valor porque... el favor de que habría tenido necesidad dias pasados, me hubiera costado un esfuerzo demasiado grande el pedirselo... Ahora sin embargo... Es verdad que quizá vengo ahora á causarle una molestia mayor...

—No me hable Vd. de fastidio; dijo con vivacidad el jóven, en quien la fisonomía abierta y severa de Alberto le había inspirado desde el principio una confianza completa;—dígame lo que quiere, libremente, como á un amigo.

—Pues bien, le contaré todo,—comenzó Alberto, y despues de decir su nombre y cómo había venido á Florencia y cómo había vivido hasta entonces, dónde estaba y con quién, contó cosa tras cosa, con voz temblorosa y el semblante encendido, lo que le había ocurrido en el bufete.

El jóven napolitano hizo un gesto de maravilla y de disgusto.

—No conozco á este abogado,—dijo luego interrumpiendo á Alberto que quería continuar;—¿pero por qué no volvió Vd., cuando se podía suponer que ya estuviera más tranquilo? ¿Por qué no fué Vd. á ver por lo ménos ó á tratar de averiguar si se encontró ó no el billete?

—Sería inútil—respondió Alberto.

—Pero...

—Si el abogado hubiese encontrado el billete, me hubiera llamado y pedido mil excusas; le conozco bien, es colérico, violento, pero honrado. No volvió á parecer el billete. El cree firmemente que yo lo cojí y solamente una prueba palpable podría convencerle de que se ha engañado; ya comprende Vd. que esta prueba es imposible dársela. Yo creo que el billete estaba ciertamente sobre la mesa poco antes de entrar yo en la habitacion; se escurriría entre los demás papeles, alguno le encontraría luego y se lo guardó; caería en el fuego; qué se yo, no sé qué pensar. Ocurren casos... De todos modos yendo á pedir una satisfaccion, no habría logrado nada. No había testigos, él estaba persuadido de lo que afirmaba, yo no tenía amigos en Florencia que pudieran atestiguar de mi honradez; todo el mundo le hubiera creído á él y no á mí...

—Y luego—preguntó el napolitano con afectuosa premura—¿qué fué de Vd.?

—Luego...—replicó Alberto, bajando la voz—

...Eran los últimos días del mes; no había cobrado el sueldo, no me quedaban en el bolsillo más que algunas pesetas... Era preciso pensar prontamente en la manera de vivir... Puse un telegrama á mi tío, diciéndole la extrema necesidad en que me hallaba de socorro... No obtuve respuesta. Busqué trabajo en varias oficinas, aun en los periódicos, para que me diesen algo que copiar, cortar noticias, corregir pruebas; en todas partes me contestaron que por el momento no necesitaban á nadie, que volviera dentro de una semana. ¡Figúrese! Yo que tenía, no digo los días, sino las horas contadas... Si á lo ménos me hubiera quedado el sueldo de un mes... en ese mes algo hubiera encontrado que hacer. No tenía más que veintisiete pesetas, y debía satisfacer el alquiler de la habitación, pues acostumbraba á pagarla ya vendida, y antes que faltar... Hubiera sido quitar el pan de la boca á aquella pobre mujer y á su hija, que viven estrechamente, y comen; puede decirse, con mis diez y ocho pesetas; no tuve ni un momento de vacilacion. ¡Qué hacer? Era preciso tratar de vivir lo más que pudiera con las nueve pesetas, buscando entretanto alguna colocacion. Tuve por un momento la idea de acudir á mis compañeros, porque no conocía otras gentes; pero ya comprende que en tales ocasiones todos se ponen de parte del principal, ¡y quién sabe! me habrían vuelto las espaldas, ó quizá algo peor; y

luego me repugnaba presentarme ante ellos sin poderme justificar... Los dos primeros días comí en la fonda, porque aún llegaba la cuota mensual que tenía pagada, y luego... Continuar allí comiendo de prestado, no había para qué hablar; porque en las casas de esta clase donde no concurren más que pobres diablos y bribones, si no se paga, no dan nada. No había camino posible; era preciso resignarse. Pues bien; tengo ahora que decirle una cosa que quizá le cueste trabajo creerla, y que es verdad. Con las nueve pesetas no podía pasar más de seis ó siete días, comiendo pan y frutas; comprendía bien que llegaría pronto el momento en que no me quedaría ni un sueldo; y sin embargo, no sé, no quería creerlo, me parecía oír una voz interior que murmuraba:—¡Es imposible!...

—¡Quién sabe, decía, lo que podrá ocurrir en este tiempo!—Segun se acercaba aquel día, esperaba con más fé algun acontecimiento imprevisto que viniera á sacarme del embarazo.—Y cuando me preguntaba:—¡Pero cuál será?—Mil—me contestaba á mí mismo.—Podía llegar mi tío á Florencia, podía recibir alguna carta con dinero, debía encontrar seguramente que me dieran enseguida trabajo y me pagasen por días. Cuanto más buscaba, ménos encontraba, y el vivir así, de pan y fruta, empezaba á sentarme mal, y lo que más sentía, era que en casa habían advertido que

algo extraordinario me ocurría, y no sabía ya cómo librarme de las continuas preguntas. Lo que me hacía sufrir aquella muchacha, cuando se acercaba á suplicarme y á llorar, no puede usted figurárselo. Cien veces estuve á punto de contarle todo, pero me detuve; á cualquiera otro se lo hubiera dicho, á ella no podía; creía morirme de vergüenza. Llegó finalmente el día fatal en que gasté el último sueldo... Precisamente aquel día tenía más certeza de que alguna cosa habría de ocurrir...

—¿Sufrir el hambre?—me decía.—¡Ah, necesito experimentarla para creerlo!—Por la noche me fuí á casa más temprano, dormí un poco agitado; á la mañana desperté lleno de esperanza y salí muy pronto. La conciencia de no haber hecho nada para merecer una humillacion como aquella, me daba una fuerza, un valor, de que no puede usted formarse idea; salí, y sin darme cuenta, me dirigí á la estacion. No sé por qué, se me había puesto en la cabeza que debía llegar mi tío ó algun amigo de Palermo. Llegó el tren, salió la gente, miré á todos uno por uno... Le aseguro—cosa extraña—que si alguien me hubiera escrito:—Llegaré mañana á tal hora, véte á esperarme—no hubiera esperado con más confianza. No ví á nadie, y me volví, comenzando á ir y venir, de la plaza de la Catedral á la de la Señoría, por la calle de Tornabuoni, la de Puerta Roja y la de

Cerretani, mirando á todos los que pasaban, como si buscase á alguno. Llegó el mediodía, pasó la hora del almuerzo, sin que me apercibiera. Solamente mi imaginacion era cada vez más viva, y sin notarlo, apresuraba el paso como si me urgiera llegar pronto á una cita. Fuí al correo, pregunté si tenía cartas; subí á la Biblioteca, pedí un libro y me puse á leer. No sé cómo me absorbió la lectura, hasta el punto de olvidarme de mi estado y volar el tiempo. Oigo de pronto un ruido que casi me causó miedo; la gente entregaba los libros y se dirigía hácia la puerta; se cerraba la Biblioteca. Me fuí. Era la hora de comer. Comenzaba por las calles á notarse el movimiento acostumbrado de la noche; los empleados que salían de los Ministerios, y un ir y venir de carruajes por todas partes, inmenso. Veía la gente que empezaba á entrar en las casas de comidas; este fué el momento más triste para mí; me sobrecogió una melancolía que casi sentía ganas de llorar; era la primera vez de mi vida que no podía comer. Pensaba en mi madre, en Palermo, en mi vida de muchacho, pareciéndome que no era la misma persona de entonces, cuando volviendo de la escuela á casa, encontraba siempre la mesa preparada. Se apoderó de mí una manía, una fiebre, que casi corriendo llegué exánime al jardín de la plaza de Azeglio.

—¿Cómo! Era aquella noche—gritó con voz

conmovida su atento oyente—¿y no me dijo usted nada?

—El jardín estaba lleno de niños, y no hay para qué yo le diga qué sentimientos y qué ideas despertaba en mi espíritu su alegría. Saqué del bolsillo el retrato de mi madre y le miré largo rato; luego sin saber por qué, metido en el sobre le puse en el sombrero; me sentía débil y cansado, quise probar á ver si dormía, y me dormí. Durante el sueño se me cayó el sombrero; el retrato creo que saltó fuera; pasó algún niño, y el resultado fué que cuando desperté ya no estaba allí. Pregunté, supliqué á las mujeres que se encontraban cerca que preguntasen á los niños, que me ayudasen á buscar; todo fué inútil, se fué la gente y me quedé solo. La pérdida de aquel retrato, en aquella situación, tal como me hallaba, fué para mí un dolor inmenso, me pareció de mal augurio; apercibiéndome entonces de que realmente estaba solo en el mundo y de que era un desgraciado. Luego se acercó Vd....

—Pero ¿por qué no me lo dijo?—repitió con ímpetu el jóven.

—Tuve tentación de hablarle, pero me faltó el valor; solo de pensar que debía comenzar por decirle «tengo hambre»,—me hacía ahogar las palabras. Sus frases sin embargo me confortaron un poco. Volví hácia el centro de la ciudad; ya estaban encendidos todos los faroles, las tiendas ilumi-

nadas y las calles llenas de gente. Muchos salían de los restaurants alegres, con la cara encendida y hablando fuerte. Y iba y caminaba sin saber dónde ni por qué, como un sonámbulo. Encontré á alguno de los jóvenes que comían conmigo en el restaurant, me saludaron riendo y haciéndome indicacion de por qué no se me veía ya más por aquellos lugares—uno me preguntó si quería ir al teatro. Estuve paseando hasta muy tarde, luego decidí volver á casa, con el propósito de tener ánimos para contárselo todo á la madre y á la hija.—Es necesario,—me decía.—¿Qué dirán? No lo sé; digan lo que quieran, no quiero morir...

—Segun me iba acercando, reconocía que me faltaría valor para hablar. Entré, saludé, abrí la boca para decir la primera palabra, y dije otra; me fuí á acostar. Me costó mucho llegar á dormirme, pero luego tuve un sueño profundísimo y soñé mil cosas horribles. Cuando desperté todavía era de noche, y en el primer momento no me acordé del estado en que me hallaba; luego hirió mi imaginacion de tal suerte esta idea, que lleno de espanto me senté en el lecho. Entonces hice mil proyectos; irme á presentar al alcalde, contarle mi historia; no, mejor sería al Gobernador; mejor que todo sería irme derecho á mi antiguo principal y decirle francamente, con palabras que salgan del corazón:

—¡Soy inocente!—Todo me parecía natural

y fácil; se apoderó de mí una impaciencia invencible, me vestí de prisa y salí. Pero ¡ay de mí! al despuntar el sol, todos los bellos proyectos desaparecieron; pasé por delante del ayuntamiento; miré al centinela y seguí; llegué hasta la puerta de dos ó tres oficinas de periódicos, pero sin atreverme á entrar; parecíame que apenas estuviese dentro, todos á una, mirándome, dirían: —¡Vd. tiene hambre!—Decidí detener al primer conocido que encontrase para pedirle prestado alguna peseta; encontré á varios, los detuve, me preguntaron si no estaba bueno.—¡Qué! respondía, mirándoles con sospecha; y se separaron...

—Pasó el medio día: entonces comencé á sentir un agotamiento, una postracion que casi no podía tenerme en pié; me temblaban las piernas y la imaginacion trabajaba sin cesar como poseida por la fiebre; pensaba en las cosas más extravagantes, en las personas, lugares y hechos de otras veces; tenía en mi cabeza tal confusion y tal vértigo que temía volverme loco. Luego, poco á poco, me sentí con una rabia y un odio contra todos los que encontraba... toda me parecía gente sin corazon que me hacía daño.—¡Pero es posible?—me decía;—soy yo verdaderamente el que se encuentra reducido á tal extremo. Pero ¿quién soy yo? ¿Qué he hecho? ¡yo tengo derecho á comer! Yo quiero vivir.—Más tarde sentí un dolor tan agudo en el pecho, una opresion y una angustia,

como si me destrozasen las vísceras. No sé dónde me senté, me puse en pié, casi no podía sostenerme, tomé una resolucion desesperada, fuí hácia un oficial, le detuve, le dije resueltamente:—¡Caballero!...—Me miró, yo volví en mí, y le pregunté qué hora era, me lo dijo y seguí mi camino...

—Me asaltó la idea de suicidarme, la deseché enseguida, apoderándose de mí la imágen de la hija de la señora en cuya casa vivía, como si fuera mi única salvacion. Ya era de noche, apresuré el paso cuanto pude, entré en casa, aún luché un gran rato, finalmente salió de mi boca aquella maldita palabra:—¡Tengo hambre!—La escena que siguió á esta revelacion mia fué angustiosa; aquellas dos pobres mujeres comenzaron á llorar de tal suerte, que partía el corazon... Pero una vez pronunciada aquella palabra no se podía volver á recojer... Ocurrió esto anoche... Esta mañana, apenas me levanté, pensé que debía salir en busca de trabajo, me acordé de su tarjeta, y vine. Hé aquí mi historia, y perdóneme si le he fastidiado con narracion tan triste y tan larga.

El jóven napolitano, que había escuchado con profunda atencion, le apretó la mano, diciéndole con voz conmovida:

—Se lo agradezco.

Se levantó de prisa, se fué á la habitacion inmediata, se asomó á la ventana, y levantando los

ojos humedecidos por las lágrimas al cielo, exclamó:

—¿Y soy yo el que se cree infeliz, y me destrozo el alma, y encuentro que la vida es una lucha, para sostener la cual, no me encuentro con fuerzas? ¡Ah, insensato, miserable, ingrato!

VIII.

Ricardo (nombre del joven napolitano) comenzó desde aquel mismo día á hablar y escribir á sus amigos y relaciones, con objeto de ver si encontraba un empleo para Alberto. Lo tomó con tal ardor, y con tan firme propósito de alcanzarlo, que todos sus pensamientos y deseos se reconcentraron en este punto; desaparecieron sus melancolías y renació la alegría. Tenía ya un fin, en el cual el corazón, la voluntad y la conciencia se encontraban acordes; no se necesitaba más para despertar la nobleza de su corazón, hacía algún tiempo adormecida. Siempre tenía delante la imagen de Alberto, y á más de la compasión que le inspiraba, le hacía juntamente comprender y estimar por vez primera los grandes favores con que la naturaleza y la fortuna se habían mostrado pródigos para él.

—En suma—decía á menudo sonriendo—este

jóven me ha demostrado matemáticamente que yo debo ser feliz. ¡Ah, aquella malvada costumbre de no mirar nunca más que á nosotros mismos!...—Pero aun cuando tuviera muchos amigos é hiciera cuanto le era posible por alcanzar su intento, desde los primeros pasós tropezó con tantos obstáculos y perdió tantas ilusiones, que debió al fin convencerse de que la empresa era bastante más difícil de lo que en el primer momento había creído.

En todas partes encontraba una concurrencia imprevista y formidable, y poco á poco iba descubriendo con maravilla y espanto, la inmensa miseria escondida, decente, instruida y aun pudibunda que afluye en las grandes capitales, flotando á las puertas de las oficinas y de los palacios; una multitud perfectamente desconocida para él, de gente con el pelo y la barba larga, macilenta; de empleados cesantes, de profesores desocupados, de comisionistas despedidos, de oficiales expulsados, de editores quebrados, de viejos, de enfermos, de arruinados, que presentan como documentos comendaticios, libros, colecciones de periódicos, cicatrices, niños, resguardos del Monte de Piedad y cartas de diputados y senadores: necesidades, dolores, desventuras, respecto de las cuales, la condicion en que se encontraba Alberto, jóven sano y sin familia, era y podia parecer verdaderamente afortunada. En todos los cami-

nos que emprendía, se encontraba una multitud de hambrientos, y perdía los ánimos, viendo que casi nunca era la recomendacion de un hombre digno la preferida, sino más bien, la sonrisa de la dama casquivana, la insistencia molesta del charlatan, la palabra dada en buena ocasion, estando á la mesa juntos, entre un dulce y una copa de Champagne; en suma, que la intriga y el manejo oculto, eran los que dominaban. Pero al conocer ú oir hablar de tanta gente, para la cual, era gran fortuna hallar medio de no morir de hambre, y en medio de la misma dificultad de obtener un pedazo de pan para su protegido, hallaba una viva y jamás sentida complacencia, un goce sazonado por la paz y las comodidades de que se hallaba rodeado; mayor gusto para arrellanarse en su poltrona, cerca del fuego y despues de una buena comida, con el periódico entre las manos, pensando en aquella pobre gente «de pelo largo y barba macilenta» que por todas partes había encontrado: en las casas de banca, lo mismo que en los ministerios; sentimiento éste que no quería explicarse del todo, pero que alguna vez le avergonzaba, reprochando que se hubiera apoderado de su corazon, enturbiando la fuente de la verdadera y noble piedad, que, como él decía, debe ser un dolor. Pero por más que hacía, no acertaba á discernir, en aquella nueva alegría que sentía dentro de sí, lo que venía de la con-

ciencia, de lo que venía, del egoísmo para poder rechazar la parte impura, y gozar tan solo serenamente la satisfacción legítima. Se desesperaba. "¡Así está hecho este embrollo del corazón humano!"

IX.

Entretanto, ponía todo esmero en ocultar á Alberto el mal éxito que tenían sus gestiones, ó al ménos, por cada esperanza perdida, le hacía entrever otra nueva, obligándole á conformarse con alegres palabras; según iba conociendo más profundamente su alma, tanto más se aferraba en su propósito. Alberto no se hacía ilusiones, sin embargo. De alguna palabra incierta, de alguna turbación fugitiva que sorprendía en su amigo y protector, colegía la verdad; y cuanto más crecía el afecto y la gratitud hacia él, le faltaba la esperanza, y con ella la poca serenidad, que había penetrado en su alma después de los días de desesperación. Volvía á presagiar para sí un triste porvenir. Julia y su madre le habían inducido, y más que inducido, obligado á vivir con ellas como si fuera un hermano ó un hijo, y él no dudaba un momento que se someterían alegremente á cualquier sacrificio por tenerlo en casa, hasta que hallase medio de

sostenerse. ¡Ah! ¿Pero cómo podría llegar á tener ánimos para seguir aprovechándose por más tiempo de su generosidad? El había aceptado su oferta, se había rendido á sus súplicas, con la esperanza de salir en pocos dias de aquel estado y de poder pagar enseguida, á toda costa, su deuda de gratitud. Pero pasaban los dias, y su condicion no mudaba.

Cada vez que se sentaba en la mesa, por más que aquellas dos mujeres tratasen de contentarle de todos los modos posibles, sufría su corazon. Aquel sentimiento de altanería, que el abandono, la desesperacion y el hambre habían acallado algun tiempo, se le presentaba ahora con más viveza y más celoso que nunca; y el sentarse á la mesa de otro sin pagar, comenzaba á parecerle una humillacion insoportable. El comprendía los mil sacrificios que aquellas dos pobres mujeres hacían por él; y la idea de obligarle á vivir de aquel modo, quizá por algun mes todavía, le horrorizaba. Hubiera podido valerse de las ofertas de Ricardo y pagar el pupilaje con su dinero. Pero estaba seguro que Julia espontáneamente, y la madre por consejo de Julia, no hubieran aceptado jamás un céntimo que pudieran imaginar fuese prestado. Estos pensamientos le ponían cada dia más triste, y esta tristeza se acrecentaba por la prevision de un dia no muy lejano, en que á toda costa debería alejarse de aquella casa, separándose de Julia, cuando precisamente comenzaba á

quererla y á admirarla más de lo que hubiera pensado; cuando comenzaba á sentirse unido á ella por tantos dolores; cuando de hoy más, la vida no le parecía hermosa y deseable sino por ella; una noche mientras comían, y Julia se esforzaba por aparecer alegre, prorumpió él en sollozos.